Ferdinando Frega – Nando the Scribe

GENNARO HOT DOG



Gillettenarrative.com

GILLETTE Y GENNARO HOT DOG

GILLETTE TRAILER 18 — NANDO EL ESCRIBA

Todavía un dólar.

Bajé del autobús y eché a andar hacia la dirección donde se suponía que iba a vivir.

Mi acento americano sonaba mal saliendo de una boca italiana.

Sudaba.

Me sentía sucio.

El Manhattan de primera hora de la mañana dice la verdad.

Los camiones de la basura aún no habían pasado.

Las calles conservaban todavía el olor de la noche anterior.

A la mayoría, ese olor le daría asco.

A mí me olía a casa.

Tardé 61 años en llegar.

La culpa es de la cigüeña afiliada a FedEx, que se equivocó en la entrega y me soltó en el sur de Italia. Destino erróneo.

Ahora mi cuerpo alcanzaba por fin a mi mente.

Nueva York me había estado esperando en silencio.

Entonces lo vi.

Un carrito de perritos calientes.

Y al instante lo supe: estaba en casa.

Me acerqué. El dueño era viejo. Italiano. De Nápoles. Perfecto.

Enseguida empezó la función.

“Estoy cansado”.

“Estoy viejo”.

“No tengo dinero”.

“Tengo demasiados hijos”.

“Quiero vender este negocio”.

Lo paré. “¿Cuánto por el carrito?”

Se me quedó mirando. “Antes de hablar de dinero… dime quién demonios eres”.

Me pareció justo. Fuimos a tomar un café. Luego a comer. Luego, más conversación. Pasaron las horas, pero él no miró el reloj ni una vez.

En un momento dado sonreí y dije: “En América siempre dicen que el tiempo es dinero”.

Se rio. “No”. Luego me miró a los ojos. “Después del tiempo… el corazón es dinero”.

Sonreímos los dos. Pero supe enseguida que no era una broma.

A la mañana siguiente nos vimos en el ayuntamiento. Llegó con su mujer. Luego su hija. Luego su hermana. Luego su cuñada. A esas alturas aquello se parecía menos a una operación comercial que a una boda con toda la familia.

Yo seguía sin tener ni idea de lo que quería por el carrito. Había preparado 35.000 dólares en efectivo. Esperaba que bastaran.

Todo quedó firmado. Hecho.

Entonces me miró y dijo: “¿Cuánto dinero tienes?”

Contesté como contesta la gente lista a las preguntas peligrosas: “No lo sé. No lo he contado. Dime solo cuánto te debo”.

Sonrió. “Un dólar”.

Silencio. Nadie se movió. Nadie habló.

Entonces dijo: “Bienvenido a América”.

Ese fue el día en que aprendí algo que la mayoría de la gente no entiende nunca.

Algunos hombres venden negocios. Otros traspasan un legado.

Durante el primer año vendí cada perrito caliente a un dólar.

Por respeto. Por memoria.

Porque a algunos hombres no se les puede comprar. Solo se les puede honrar.

Nando